

“FE Y VALORES MORALES EN UN URUGUAY EN SITUACIÓN DE CAMBIO”

PRESENTACIÓN

La Iglesia que peregrina en Uruguay vibra intensamente con todos los problemas del pueblo a cuyo servicio, en la fe, está consagrada.

Es por esto que la última sesión de la Conferencia Episcopal dedicó especial atención a los valores morales que están en juego en este Uruguay en cambio: es misión de la Iglesia señalarlos, cultivarlos y ayudar a evitar que se dañen por desviaciones.

Para esta reflexión que oriente la acción pastoral, especialmente en el año 1972, el Secretariado del Episcopado preparó un “documento base” que fue luego estudiado por el Consejo Permanente de la CEU y confiado al Instituto de Teología del Uruguay, en la persona del profesor de Teología Moral, R.P. Juan Algorta sdb, quien le dio la formulación conveniente, enriquecida luego por el estudio en común de obispos y presbíteros.

Este documento de orientación pastoral quiere estar en plena continuidad con el trabajo de los años precedentes.

No es un documento oficial de los obispos, sino sólo un instrumento de trabajo y como tal esta secretaría le entrega al Pueblo de Dios.

Montevideo, 24 de setiembre de 1971

*Andrés M. Rubio G.
Secretario de la CEU*

DOCUMENTO DE TRABAJO

INTRODUCCIÓN

1. “El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” (GS 11). Muchos cristianos, en sus respectivas comunidades, han entrado poco a poco en esta dinámica de reflexión y discernimiento. El documento de trabajo que presentamos no pretende ser otra cosa que un motivo más de reflexión en dichas comunidades. Es necesario, en la coyuntura de cambio por la que pasa el país, lograr un discernimiento exacto de los valores morales que están en juego. Invitamos a todos los cristianos a que reciban este documento en los términos y según las intenciones con que es presentado.
2. El pueblo uruguayo se caracterizó en su historia por el cultivo de una serie de valores morales, en sí mismos positivos, cuya pérdida constituiría un notable retraso en su peculiar cultura. Enumeramos algunos, sin pretender ser exhaustivos: el uruguayo es amante de la paz, del orden; respeta la autoridad; su convivencia se caracteriza por el respeto del otro; es patriota y tradicionalista; es buen trabajador y ama el trabajo; es reflexivo; gusta la vida al aire libre y el deporte.
3. Junto a estos encontramos, como es natural en todo grupo humano, una serie de valores negativos o antivalores, que condicionan el pleno desarrollo de los anteriores: es individualista, de ideología liberal. Demuestra poco respeto a la vida: índice de ello es el

excesivo control de la natalidad y el elevado número de abortos. No sabe apreciar la familia como núcleo básico de la sociedad: hemos asistido a una progresiva descomposición del instituto familiar. Su sexualidad se ve exacerbada por un ambiente excesivamente erotizado.

4. Nos preguntamos si estos valores siguen en vigencia o si, en cambio, el hombre uruguayo vibra ante nuevos valores. Pero al hacernos esta pregunta constatamos que la realidad sociológica uruguaya está cambiando y que para responder a la pregunta formulada es necesario presupuesto un serio análisis sociológico.
5. No es nuestra competencia realizar este análisis sociológico. Pero podemos considerar las conclusiones de los sociólogos.

El primer dato, constante en la historia de nuestro pueblo, es la situación de dependencia. Compartimos con las naciones del Tercer Mundo, esta situación de dependencia económica, política y cultural. Uruguay se integró de hecho al continente latinoamericano al concretarse su igual dependencia del mismo amo. El cambio está en que esta dependencia se hizo, hace poco tiempo, dato consciente en el pueblo, y por consecuencia, el pueblo dirigió su atención y su interés a la Patria Grande, comenzando a compartir íntimamente su historia.

El sistema de tenencia y de producción de la tierra (el latifundismo), el liberalismo económico y la fácil entrada de divisas, actualmente inexistente, en la capital, son otros de los datos más importantes que explican las estructuras sociológicas del país. Por diversos motivos estas estructuras tambalean.

Índices señaladores de este cambio pueden ser: el macrocefalismo del país, la acumulación de la población en el sector terciario y el lamentable envejecimiento de la misma población. Consecuencia de todo esto es el empobrecimiento colectivo, patentizado por la progresiva pauperización de la clase media.

6. Debemos constatar que esta situación sociológica cambiante, ha provocado una dolorosa quiebra en las confianzas tradicionales y, por lo tanto, ha detectado una profunda fractura en la jerarquía e valores, según los cuales se movía el hombre uruguayo.

Se agudizó la poca preocupación por la vida (no nos referimos a la propia de cada uno) y la promoción de la persona, se antepusieron los intereses particulares a los comunitarios, se acentuó la progresiva descomposición del núcleo familiar y se remarcó la mayor privatización de la convivencia, dando rienda suelta a las ganancias indebidas, multiplicando los fraudes, las coimas, los acomodados, etc.

7. Una profunda crisis que estamos todavía muy lejos de superar. Pero debemos constatar con alegría y esperanza, que esta misma crisis ha provocado una reacción saludable, que si bien todavía no se ha afirmado en la sociedad, la vemos en constante crecimiento.

Asistimos al resurgimiento de nuevos valores, en continuidad con la idiosincrasia uruguaya, pero que tienden a superar grandemente a los anteriores. Todavía no se han impuesto. A veces aparecen en pugna con los anteriores, pero creemos que pueden ser el fermento renovador de nuestra sociedad.

Estos nuevos valores hacen vibrar especialmente a algunos sectores del pueblo: la juventud, la clase media, algunos grupos religiosos. Por el mismo hecho de ser nuevos aparecen a veces como descontrolados, sujetos por lo tanto a desviaciones. Muchas veces son factores de conmoción, también por el modo en que se manifiestan, cuando afectan a instituciones o estructuras que parecían intocables.

8. No pretendemos tampoco aquí hacer un análisis exhaustivo: sólo queremos invitar sencillamente a la reflexión, seguros de que la reflexión enriquecerá este documento.

Esquematisando y conscientes de que al esquematizar simplificamos la realidad que en sí misma es mucho más compleja, podemos presentar estos nuevos valores alrededor de tres conceptos, que pensamos pueden ser como nucleadores de la realidad que queremos describir. Estos tres conceptos son: personalismo comunitario, justicia y politización.

9. Desarrollaremos el documento en tres partes. En la primera parte, procuraremos VER los nuevos valores intentando una breve descripción. La segunda parte, será dedicada a JUZGAR con criterios de fe la nueva situación; y en la tercera parte, nos interesará el

ACTUAR. Pero dejamos constancia que en esta tercera parte propondremos solamente algunas pistas de profundización correspondiendo a las comunidades cristianas “discernir con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que aparezcan necesarias con urgencia en cada caso” (OA 4).

VER

10. Al analizar los tres conceptos señalados, procuraremos en primer lugar describir los valores que en ellos están implicados, para luego denunciar las posibles desviaciones a que se ven expuestos quienes obran según estos valores. Señalaremos por fin los antivalores que se presentan en contradicción y en lucha con los conceptos arriba mencionados.

PERSONALISMO COMUNITARIO

11. Hay mayor sensibilidad por la dignidad de la persona humana: hoy en día el uruguayo se siente insatisfecho y protesta ante la miseria de los cantegriles, la explotación del hombre por el hombre, los atropellos contra la persona (las muertes de Líber Arce y de Dan Mitione, entre otros lamentables ejemplos, hicieron vibrar a la población). Asimismo el empobrecimiento colectivo, ha hecho sentir al uruguayo más solidario con sus compatriotas, agudizó su sentido de comunidad, le hizo comprender más la necesidad del bien común, lo comprometió más con el destino del país y lo solidarizó con su tierra, América Latina, la Patria Grande. Surge un hombre nuevo que vibra con los problemas de su continente, sufre conscientemente la dependencia a que está sometida su tierra, anhela la liberación, el pleno desarrollo del hombre y de todo el hombre y es capaz de entregar su vida, su situación social, su confort, solidarizando con los oprimidos. Este hombre adquiere una nueva sensibilidad ante la justicia y percibe con mayor claridad y simpatía los nuevos proyectos de sociedad que se le presentan.
12. Pero este personalismo comunitario no se da todavía con nitidez. Es muy fácil que se caiga todavía en serias contradicciones. Muchas veces, al radicalizar su opción, este hombre se sectariza y no admite ya el pluralismo y el diálogo que su visión personalista absolutamente le exigen. Puede también, si olvida la necesaria reflexión perder la perspectiva: cayendo en el activismo, puede perder una de las dimensiones esenciales (la personal o la comunitaria) de su valor, y atropellar él a la persona humana dañando con sus actos el auténtico bien común que debería buscar. Si bien es positivo que el personalismo comunitario libere de muchas estructuras jurídicas y legalistas, debemos señalar el peligro de desviaciones. Por ejemplo, los jóvenes, seducidos por la erotización del ambiente, pueden caer en el desenfreno sexual y ser una víctima más de la prostitución establecida en las relaciones sexuales indiscriminadas. Así también, el compromiso que implica el personalismo comunitario hace considerar a algunos a la familia como una institución de origen burgués, que les parecería un obstáculo para su mismo compromiso.
13. Este valor que está creciendo notablemente denuncia el individualismo tradicional, el liberalismo anárquico y el poco respeto a la vida. La fuga de capitales, pero sobre todo, de uruguayos, es una de los tanto índices de estos antivalores denunciados por el personalismo comunitario.

JUSTICIA

14. La toma de conciencia de la dignidad de la persona humana y de la responsabilidad comunitaria en el desarrollo de toda la humanidad ha hecho surgir con fuerte dinámica en la conciencia el valor de la justicia.

La constatación de profundas desigualdades entre las clases se agudizó con el empobrecimiento de la clase media, habituada a un nivel de vida y de confort no adecuado a la realidad objetiva del país. Se hizo más patente la marginalidad de las poblaciones rurales, que viven prácticamente en condiciones infrahumanas: vivienda deficiente, carencia de servicio, poca o ninguna participación en la vida social y política; todo esto acrecentado por la utilización de personas desprejuiciadas que reducen prácticamente a estas poblaciones marginadas a la esclavitud del trabajo y de su subcultura estática. En algunos lugares, hay minifundios, que también reducen al trabajador, abandonado a sus pobres recursos, a la miseria. Al emigrar a las ciudades y a la capital se creó una nueva forma de marginación, no menos elocuente para los ojos sensibilizados: los cantegriles.

Esta evidente discriminación es índice de otras muchas a veces menos aparentes: injusta distribución de la riqueza, privilegios injustamente reservados para algunos (políticos, industriales...), injusta retribución del trabajo, deserción escolar que provoca el aumento del analfabetismo, menor acceso a la educación y a la cultura, etc.

A medida que se fue deteriorando el nivel de vida de la clase media, apareció con más claridad la existencia de una oligarquía, de gran potencia económica, vinculada al imperio de turno y hasta el momento disimulada en un país adormecido en los ensueños de un confort engañoso y de una democracia representativa, más aparente que real. La manifestación reciente de esta oligarquía evidenció la existencia de estructuras injustas, que impiden de raíz el pleno desarrollo del hombre uruguayo.

El desasosiego ante esta situación se hizo evidente en las personas más sensibilizadas. Especialmente, reaccionaron las clases trabajadoras, ya comprometidas en una engañosa lucha por el aumento de los salarios, la juventud, particularmente sensible al nuevo mundo que está surgiendo; un sector de la clase media, víctima inmediata de cambios insospechados.

La lucha por una justicia igual para todos se desarrolla en los diversos niveles de la sociedad. Existe un esfuerzo de concientización en los grupos religiosos y culturales. Se está en búsqueda de una educación liberadora. La clase trabajadora se organiza para hacer valer sus derechos de participación en las utilidades, gestión y propiedad de las empresas. Hay políticos que solidarizan con los menos pudientes y ejercen alguna presión en los parlamentos. Los estudiantes apoyan a su modo y con su entusiasmo juvenil, esta lucha por la justicia.

15. En esta lucha por la justicia se corre el peligro de ser instrumentalizados por los detentores de las dos ideologías totalitarias (liberal y marxista) y de sucumbir ante la seductora tentación de la violencia, como método rápido y eficaz para provocar el cambio de estructuras.
16. Los antivaleores que se presentan en pugna al valor justicia, en realidad están a mundo enmascarados tras conceptos que en sí representan valores positivos pero que pueden ocultar la alta dosis de justicia, intereses y violencia que sustentan algunas estructuras. Se habla con mucha facilidad del orden establecido, de la paz necesaria, del mantenimiento del principio de autoridad, etc. pero no siempre con sincera búsqueda del bien común.

POLITIZACIÓN

17. La dignidad reconocida en la persona humana, la solidaridad vivida en momentos de creciente austeridad, el deseo de justicia e igualdad para todos, está haciendo aparecer en la sociedad uruguaya el sentido de la responsabilidad ante la construcción de una patria más justa y fraterna, con la consiguiente inquietud de participar eficazmente en la gestión de

la cosa pública. Los acontecimientos vividos en el país estos últimos años, han reafirmado la convicción de muchos (que van en aumento) que para participar activamente en la política, no es suficiente la periódica, y a veces engañosa, emisión del voto. Se imponen nuevas estructuras de gestión y control públicos que hagan posible la participación del mayor número de personas en la constante que por diversos motivos se acrecienta en nuestros días y ha movilizado a muchos uruguayos. La queremos expresar como politización.

Ya no se quiere ser espectador del juego político de unos pocos, se quiere ser actor responsable de la propia historia y de la historia de la propia tierra. Se ha tomado conciencia del ineludible papel de protagonista que cada uno, ocupando su lugar, debe desarrollar en la construcción de la ciudad de los hombres. El bien común es obra de todos y de cada uno para ponerlo al servicio de todos y de cada uno.

La politización es un valor moral que hace responsable al hombre de la historia que está viviendo, lo encarna en la coyuntura concreta del devenir histórico del país y lo empuja a una determinada acción política.

18. Un primer peligro de desviación que puede provocar el valor que estamos estudiando, es la pérdida de una visión completa del hombre, el olvido de alguna de sus dimensiones fundamentales. El "hombre político" puede reducirse tanto a su compromiso histórico que comience a perder de vista, tanto su dimensión personal como su trascendencia. Esta desviación, que sólo puede impedirse gracias a la constante autocrítica, conduce necesariamente a otra más grave: la incondicional adhesión a los sistemas filosóficos marxistas que se presentan cada vez más atractivos y seductores por la concreción de su análisis histórico y la eficacia de su praxis.

En algunos sectores de la actividad política, ante proyectos y objetivos prácticos, concretos, comunes, marxistas y no marxistas se hallarán codo a codo, colaborando lealmente, pero no ingenuamente. Los no marxistas no deben inmovilizarse ante objetivos concretos en la construcción de la ciudad de los hombres, porque encuentran junto a ellos marxistas que luchan por los mismos objetivos. Pero al mismo tiempo, se mantendrán vigilantes para no dejarse seducir por la ideología atrayente pero inadecuada porque no interpreta totalmente la realidad; para no dejarse arrastrar por el torbellino de violencia deshumanizante que esta ideología puede provocar, ni dejarse instrumentalizar por aquellos que utilizan esta ideología para atropellar las personas de sus mismos colaboradores. Se impone en quien colabora con los marxistas, seguridad en las propias convicciones, conocimiento crítico de la ideología y praxis de ellos y atención perspicaz para analizar las situaciones.

El temor al marxismo no debe inmovilizar a aquellos que por otras motivaciones, consideran necesario intervenir en la lucha política contra el liberalismo y sus estructuras injustas.

Al mismo tiempo, debemos admitir pluralidad de opciones (evolucionarias o revolucionarias) entre aquellos que han llegado a formarse una conciencia política, y consiguientemente, han asumido una determinada acción política.

19. Son justamente el temor al marxismo y el mantenimiento de la democracia, hasta hace poco honra y gloria de los uruguayos, los argumentos que suelen usar los preocupados por la defensa de intereses egoístas para impedir el florecimiento del valor que estamos comentando. La despolitización, la masificación provocada por el uso engañoso de los medios de comunicación social, la privatización que quiere reducir los deberes de justicia al altruismo o a una pretendida caridad con los antivalores esgrimidos contra la politización.
-

JUZGAR

(Salvo raras excepciones, para facilitar la lectura de la síntesis que expondremos, no citaremos los textos bíblicos y magisteriales, a los cuales se hace implícita referencia en la redacción.)

20. La fe es respuesta libre y vivencial al plan del Padre, que históricamente Cristo ha manifestado y que realiza en la historia por obra del Espíritu, enviado por el Padre y el Hijo.
21. Siendo plenamente autosuficiente y no necesitando en nada y para nada de los hombres, el Dios Trinidad decidió crearlos para hacerlos partícipes de su divinidad. El Padre, de quien es la iniciativa, no creó a los hombres para establecer relaciones de amo y esclavo, sino para participar las riquezas de su Ser, a creaturas suyas, para nada acreedoras de este don.
22. El Hijo se hizo hombre para manifestarnos el plan del Padre, cumpliendo así filialmente su divina Voluntad. Por su Encarnación en nuestra historia, por su vida en todo semejante a la nuestra menos en el pecado, por su muerte cruenta en la Cruz, obediente intercambio de amor con el Padre y manifestación de amor redentor por los hombres; por su gloriosa Resurrección, Jesucristo fue constituido Señor de la historia, primogénito entre muchos hermanos, primer Adán, Cabeza de la humanidad. En su persona encontramos la imagen del Hombre Nuevo, del Hombre Perfecto, solidario con toda la humanidad. Hacia Él, tienden todos los hombres y en Él se manifiesta, porque ya se ha realizado plenamente el plan del Padre. El Padre nos quiere hacer en Cristo, sus hijos. Nuestras relaciones con Dios no deben ser las de Creador - creatura, ni las de Amo - esclavo, sino las de Padre – hijos. En Cristo somos llamados a la libertad de los hijos de Dios.
Ser hijos en el Hijo y plenamente solidarios con todos los hombres, nuestro destino según el plan del Padre, es realizar la fraternidad universal. La ley universal de la humanidad es la plenitud de las relaciones humanas en el amor fraternal; su misión, ir construyendo la unidad en la humanidad, hasta llegar al Reino de **Filiación – Fraternidad**.
23. La meta está señalada. Es más, en Cristo Resucitado la hemos alcanzado. La realización del Plan del Padre es segura. La victoria es definitiva, pero todavía no plenamente manifiesta. Es en nuestra historia que debemos desarrollar y realizar el plan del Padre. Nosotros los hombres somos responsables de ello.
24. No estamos solos. “Constituido Hijo de Dios con poder... por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor Nuestro” (Rom. 1,4), envió su Espíritu de Amor, el Espíritu del Padre, la fuerza de Dios que hace posible que nosotros colaboremos con plena libertad y responsabilidad en la realización de la fraternidad universal de los hijos de Dios.
25. La fe es respuesta a esta Palabra, por la que el Dios - Amor tripersonal se compromete. Por lo tanto, no puede ser menos personal. En la fe como respuesta en Cristo a las divinas Personas, está implicada toda la persona del hombre, toda la humanidad. Es respuesta vivencial, completa, total, no meramente intelectual, no arbitrariamente parcial. En la respuesta de fe se compromete toda la persona.
26. Es respuesta libre y responsable, porque Dios no quiere la austera y soportada sumisión propia de los esclavos, sino que invita a la gozosa, alegre y entusiasta colaboración comprometida de los hijos que sintonizan con el esplendoroso plan del Padre.
27. La fe es respuesta comunitaria, como condice a la dimensión social de la persona. Los que habiendo escuchado la vocación del Padre por medio de la Palabra (cf. Rom. 10,14-16; Jn. 6,44-45) son convocados como pueblo para responder juntos y realizar ya ahora la fraternidad, manifestando así la filiación. En este sentido, la Iglesia, comunidad de hermanos e hijos de Dios es y debe ser sacramento histórico de la plenitud que esperamos y con nuestros esfuerzos estamos realizando.
28. Porque la fe, en último término, es histórica. Hay una sola historia, que es la historia de los hombres, en la cual Dios realiza su plan de salvación. La comunidad de los fieles, participa en todas las vicisitudes de esta historia (GS 1), obrando allí concretamente y con las

incertidumbres del caso, lo que le pide el plan del Padre. Sólo Cristo habiendo llegado a la meta, ha sido constituido Señor de la historia. Los cristianos seguimos sus pasos, participando codo a codo con los demás hombres, en la aventura humana. En nuestra historia, debemos hacer visible, sobre todo con nuestros gestos y actitudes, la visión de fe que poseemos y el compromiso de amor fili-fraternal que hemos abrazado. Sólo comprometiéndose en esta historia, la comunidad llamada Iglesia, puede realizar su misión en el mundo. Sólo en el acontecer de la historia de los hombres progresa la historia de la salvación.

29. Si los valores morales que hemos comentado como existentes y operantes en nuestro Uruguay corresponden al plan del Padre que debe realizarse en la historia, entonces debemos afirmar que son plenamente evangélicos. Por lo tanto, deberán ser asumidos por los cristianos.

¿Y quién podrá negar que el personalismo comunitario no puede ser hasta posible expresión de los designios de Dios? El respeto a la dignidad de la persona humana y la dimensión comunitaria del hombre han sido plenamente canonizados por Cristo que murió por cada uno de nosotros y dio en su persona nueva cohesión a la solidaridad universal. Todo esfuerzo para que los hombres puedan ser más, es auténticamente cristiano.

¿Quién negará que el deseo de justicia e igualdad no transmite el buen olor del Evangelio? La justicia es un tema bíblico que expresa por una parte la fidelidad de Dios a sus promesas y por otra la respuesta del hombre al amor de Dios en Cristo: sólo el que ama al prójimo por sus obras, conoce y ama a Dios y es verdaderamente “justo” (cf. I Jn. 3,10-23; 4; 8,19-21). “Se traiciona la caridad cristiana si se la considera como algo completamente diferente de la justicia con respecto a los demás. La caridad es, ante todo, exigencia de justicia, es decir, el reconocimiento concreto de la dignidad y de los derechos de cada hombre, a nivel individual como a nivel colectivo. La justicia no es total si no comprende también el amor del otro; el amor no es auténtico si no comparte la aceptación de todo lo que la otra persona exige de nosotros... Si la caridad cristiana es auténtica, profundiza y fortalece el sentido de la justicia; debe ser el alma de la justicia. La falta de sensibilidad por los problemas de la justicia social, revela la ausencia de una caridad cristiana y verdadera” (Documento sobre la Justicia en el mundo en preparación al Sínodo de los Obispos, n. 32).

Los esfuerzos que a lo largo de la historia han realizado los hombres para mejorar las condiciones de vida y promover una sociedad más justa y más fraternal, ciertamente corresponden a los designios de Dios. La politización de la vida humana es pues evidentemente un valor también evangélico. Porque participar activamente en la gestión de la cosa pública, si bien a diversos niveles de acuerdo a las respectivas capacidades y vocación, constituye una aportación personal a la realización del plan de Dios en la historia. “El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la construcción del mundo, sino que, al contrario, les recuerda esta tarea como un deber más apremiante” (Pablo VI).

Los valores pues que hoy en día hacen vibrar al hombre uruguayo deben ser asumidos y desarrollados por los cristianos.

30. Pero, porque el cristiano asume estos valores plenamente humanos, como genuinamente evangélicos, deberá cuestionar siempre la autenticidad del propio compromiso en la autenticidad del plan de Dios. La fe lo obliga a un continuo cuestionamiento de sus propias convicciones y de sus propias realizaciones, no sea que dejándose llevar por el torbellino de la actividad, se desvíe de la obediencia de la fe. El cristiano es el primero que debe unir constantemente a su acción, la reflexión personal y comunitaria.

El personalismo comunitario, mal entendido, le pueden hacer perder de vista la riqueza y la misteriosa eficacia del encuentro fraternal (cf. OA 10-12), principalmente, el valor del núcleo familiar, como base de la sociedad futura.

La lucha por la justicia lo puede inducir a entrar en la dinámica indiscriminada de la violencia. Todo hombre debe cuestionar seriamente sus posiciones cuando ellas llevan al atropellamiento de las personas de los demás, al derramamiento de sangre... Inspirándose

en el amor, el cristiano intervendrá efectivamente en la lucha por la consecución de la justicia, procurando que se introduzca en la lucha el menor posible de violencia.

La politización de nuestra existencia, nos puede hacer perder la visión íntegra del hombre que anhelamos. El compromiso político por todo lo que impone de entrega y de sacrificio, puede hacer que el incauto pierda efectivamente las perspectivas de la fe, la cual es en definitiva la que da pleno sentido al mismo compromiso político.

ACTUAR

31. Después de haber descrito estos valores morales y reflexionando sobre ellos a la luz de la fe, reconociéndolos como valores auténticamente evangélicos, sólo nos resta insinuar, en continuidad con lo expuesto, algunas pistas de profundización. Cada una de las comunidades y cada uno de los cristianos en dichas comunidades, decidirá en conciencia, el actuar concreto que le corresponde en el momento histórico que vive el país, el continente y el mundo.
He aquí algunas pistas:
32. Intensificar nuestro esfuerzo y aumentar nuestra inquietud por la predicación auténtica del Evangelio. Hacer que todos los cristianos profundicen su opción por Cristo Resucitado, por la liberación del hombre, por la fraternidad universal, en la preferencia de los pobres, construyendo allí dinámicamente la Iglesia.
33. Tomar conciencia y ayudar a tomar conciencia de los valores morales (sus aportes, sus limitaciones) para que la realidad se transforme en el sentido de la liberación integral del hombre.
34. Cuestionar continuamente nuestro compromiso y nuestras actitudes, en el marco del real amor filial-fraterno que Cristo nos ha manifestado. El cristiano debe saber enfrentar radicalmente los conflictos, sin agravar los motivos de crisis y de enfrentamientos. Especialmente en la lucha por la justicia social, el cristiano debe saber manifestar siempre el amor fraterno que lo impulsa. No actúa evangélicamente quien encona los ánimos y enciende el odio.
35. Aumentar la solidaridad con el pobre y con el oprimido, para ayudarlo a salir de la injusticia de ser pobre y oprimido. Para ello, la comunidad eclesial necesitaba seguir con valentía y audacia la revisión de sus estructuras y de sus compromisos. Al mismo tiempo trabaja con amor sincero por la conversión de los que obran la injusticia.
36. La Iglesia debe alentar la búsqueda de una sociedad más solidaria, ofreciendo modelos concretos en sus comunidades religiosas, parroquiales y en sus comunidades de base.
37. Constatando valientemente y admitiendo lealmente el pluralismo dentro de la Iglesia en el campo social y político, no permitir que las posiciones radicalizadas se sectaricen y los cristianos se cierren al diálogo. No se puede identificar el compromiso con el hombre y con el cambio social, con determinadas opciones partidarias. Antes bien, hay que invitar al encuentro, a la reflexión, al diálogo en comunidad fraterna, a pesar de la diversidad de opiniones y compromisos. La Iglesia debe ser el lugar privilegiado del diálogo desinteresado, de la Reconciliación, que culmine en la celebración de una Eucaristía fraternal.

CONCLUSIÓN

38. Nuestra última palabra es de esperanza.

En Cristo, enviado por el Padre a los hombres, el Señor de la historia y vencedor del pecado y de sus consecuencias. Él es el que anunció a los hombres el mensaje de la liberación; Él es el que realizó en sí mismo el Hombre nuevo; Él nos llama a su plenitud.

En el Espíritu de Amor, luz y fuerza operante en la comunidad humana. Él obra en la historia y con la colaboración libre de los hombres, los designios amorosos del Padre.

En el hombre uruguayo que siempre se ha demostrado capaz de vibrar eficazmente ante las grandes metas que se le proponen: construir la patria en la fraternidad, la justicia, el orden y la paz. La Iglesia se alegra sinceramente, ya porque encuentra cristianos seriamente comprometidos en este objetivo, ya porque hay entre los no cristianos muchos que se sienten fuertemente atraídos por esos valores auténticamente evangélicos.

